

FANTASMAS ¿DE QUE LOS HAY LOS HAY?

Pontificia Universidad Javeriana
Antropología del Miedo
Análisis de Salida a la Candelaria
Nathaly Vargas Álvarez
26 de Octubre de 2010

“(…) Vi al horrible fantasma de un hombre extendido y que luego, tras la obra de algún motor poderoso, éste cobraba vida, y se ponía de pie con un movimiento tenso y poco natural. Debía ser terrible; dado que sería inmensamente espantoso el efecto de cualquier esfuerzo humano para simular el extraordinario mecanismo del Creador del mundo.”
Mary Shelley

Son pocos los fenómenos que atraen, cautivan, y son buscados por la gente, fenómenos que causan intriga pero a la vez angustia, pues bien, los fantasmas es uno de ellos. Un fenómeno que moviliza y genera curiosidad, pero a su vez a muchos asusta, y confronta. Para algunos es solo cuestión de sugestión y de trucos que nos juega la mente, para muchos otros es algo tan real como la vida misma, como el aire que respiran y el suelo en donde habitan.

A través de este ensayo, pretendo realizar un análisis a la visita realizada al sector de la Candelaria desde la perspectiva de la Antropología del Miedo, identificando aspectos relevantes en cuanto al papel del informante y de cómo a través del relato de éste es posible visibilizar aspectos de una cultura, pero relacionados con experiencias personales de este informante. También, se profundizará en algunos de los relatos contados en el recorrido, presentando la visión del informante clave y de otros. Por último, se realizará una reflexión acerca de la experiencia a nivel grupal e individual de la salida y del ejercicio.

Para comenzar, la Candelaria es un lugar muy particular de la ciudad de Bogotá, que de alguna manera encierra el placer, la belleza y la riqueza de un país, como también, todo aquello que abruma, mortifica, asusta y conmueve. El centro de la ciudad es conocido por su peligrosidad en las horas de la noche, convirtiéndose en un sector al cual se le huye sobre todo en la oscuridad. Así como lo describe Salcedo (1996), “es la misma ciudad la que impone un modo de vida de circulación y desplazamientos restringidos a ciertos lugares, situaciones y horarios muy bien definidos y delimitados” (p.100). Gran cantidad de población de la ciudad de Bogotá, en especial quienes no circulan frecuentemente el sector, han generado un gran temor. En primer lugar, debido a la falta de familiaridad, se construye

un mapa mental, a través de suposiciones y prejuicios, pero también el miedo se constituye como mecanismo de protección frente al sentimiento de vulnerabilidad que provocan ciertos acontecimientos ubicados en el sector. Cuestión que no solo se sabe por sentido común, sino que se evidenció en el número de asistentes a la salida, ya que de aproximadamente 25 personas que somos en la clase, asistimos solo 12. Sin embargo, de estas 12 personas la mayoría demostraba miedo que se reflejó en el hecho de permanecer muy cerca a los compañeros durante todo el recorrido.

Así, una de las manifestaciones comunes para manejar la vulnerabilidad en la calle es el miedo, el cual no solo inhibe, sino que permite monitorear el entorno e identificar y manejar representaciones de peligro (Salcedo, 1996). Es así, que el miedo se considera como una experiencia subjetiva, que se comparte dentro de una cultura es decir que requiere la confirmación o negación de una comunidad de sentido, y que además tiene representaciones tan diferentes, como miedos existen (Reguillo, 2006). Es importante mencionar la incidencia de los medios de comunicación en la difusión e implementación de esos miedos en una cultura, en este caso nuestro informante es el medio de comunicación, además, como ese miedo puede ser manipulado convirtiéndose en un mecanismo de control social que permite alcanzar ciertos objetivos para algunos sectores de la sociedad. Por ejemplo, las instituciones religiosas, y los habitantes del lugar, a quienes les interesa mantener esa creencia para su beneficio. Todo esto mostrando los alcances de una emoción al parecer “tan simple”, pero que motiva y mueve de maneras inimaginables al ser humano.

Ahora bien, el viaje comienza desde el momento del encuentro con nuestro informante, quien a través de su experiencia da cuenta de un contexto tal vez desconocido para muchos, de una reglas culturales y sociales por la cuales se rige y actúa. El señor Manrique cuenta que la mayoría de los relatos son mitos que se transmiten de voz a voz, de generación en generación. Así mismo, explica que él es un habitante de la zona, quien por medio de estudios e investigaciones realizadas, se ha convertido en un experto de todo lo relacionado con el centro y sus historias, dice además que los tours los realizan habitantes de la zona.

Por lo descrito anteriormente y con lo que Guber (2004) afirma, es preciso decir que el señor Manrique no es portador de una unidad sociocultural, sino que mas bien a través de sus experiencias personales es un activo constructor de esa realidad, por lo que se puede

considerar como un objeto de determinantes estructurales de dicha unidad. Según lo que el señor Manrique describe, el proceso histórico del cual ha sido partícipe, es decir haber vivido gran parte de su vida en la Candelaria, haber además tenido ciertas experiencias fantasmagóricas, y haberse interesado tanto por la conservación de su lugar de origen y por la lucha de sus derechos, le ha permitido aportar experiencias, expectativas y transformaciones. Toda la información que a través de la experiencia en la Candelaria recibimos esta condicionada por su experiencia histórica, además por la posición social que ocupa, y por la situación específica por la que nos reunimos con él, concretamente una clase que trata temas relacionados con el miedo.

Sin embargo, no se puede dejar de lado al investigador como sujeto a una historia, en este caso todos los asistentes a la actividad, puesto que cada uno trae por su cuenta teorías, sentido común y experiencias anteriores. Así, por ejemplo desde mi perspectiva puedo decir que no he tenido experiencias relacionadas con fenómenos sobrenaturales que me permitan creer que existe algo llamado fantasmas, no solo porque no lo he vivido, sino además porque desde mi hogar se me ha inculcado en no creer en ese tipo de cosas. Además, actualmente desde la óptica en que miro esta realidad, es decir desde la psicología, tampoco se puede dar cuenta de ese tipo de experiencias, porque desde el paradigma científico, no hay evidencias que sustenten este tipo de creencias, como algo relacionado con lo que hay después de la muerte.

Así pues, para nuestro informante la creencia en algo sobrenatural como son los fantasmas, es una construcción que de alguna manera está confirmada por una serie de experiencias que le permiten encontrar evidencias, como lo menciona Sanabria (2007), las creencias de tipo social, aunque parecen certezas, se pueden identificar como ilusiones bien fundadas, las cuales movilizan a quienes participan, indicándoles que es lo que están obligados a hacer y las reglas del juego. Así, dentro de las creencias sociales se encuentran por supuesto las creencias religiosas, que de alguna manera fundamentan el fenómeno de los fantasmas, ya que da cuenta de la existencia de algo después de la muerte; y en cada institución religiosa se afirman ciertas reglas y normas, y además ciertos hechos que sus practicantes están obligados a creer y a defender a toda costa.

Si bien, las creencias religiosas relacionadas con una vida después de la muerte son en efecto parte de una cultura, y pueden movilizar de manera positiva a las personas

atenuando ese miedo a la muerte y al dejar de existir; también pueden traer efectos nocivos. A través del documental *The root of all evil*, se observa que algunas creencias religiosas están dejando de lado muchos de los avances de la ciencia, y siguen implementando el miedo como un mecanismo de control social, ese miedo representado en el sufrimiento luego de la muerte por los pecados cometidos en la tierra, que representaría una de las razones por las cuales hay fantasmas, según el señor Manrique, la mayoría de los fantasmas han sido personas que dejan cosas pendientes en la tierra, que han roto ciertas normas, o que están buscando venganza por diferentes razones.

Es importante resaltar que para nuestro informante los fantasmas tienen que ver con personas que en vida rompieron alguna norma o dejaron algo pendiente, así mismo el señor Manrique refiere que los fantasmas se asocian a la oscuridad, a la noche, pues en ella hay más tranquilidad, y los describe como energías que se manifiestan a través de espíritus visibles en algunas ocasiones, pero en otras como un frío que penetra, un frío inexplicable, pueden aparecer como voces, llanto, o como movimientos de objetos. Como menciona el señor Manrique, “los fantasmas con el poder de su mente pueden mover ciertos objetos”.

Esto, son algunas de las caracterizaciones que se evidencian a través del informante, que además sustenta por medio de experiencias e historias que cuenta acerca de diferentes fantasmas. A partir de lo anterior es posible ver una relación muy cercana entre esas manifestaciones y el sufrimiento humano; de alguna manera se evidencia esa creencia religiosa “hay que ser bueno en la vida, porque sino habrá sufrimiento, o no podremos llegar al cielo, y nos quedaremos pagando nuestras culpas por siempre”, creencia que actúa como control social evidente.

Según la Real academia de la lengua, “un fantasma es una imagen de una persona muerta que, según algunos, se aparece a los vivos”; definición que deja al juicio de cada persona si se cree o no, al mismo tiempo, visibiliza ese status de que es algo no confirmado, pero si afirmado por muchos. Si bien lo que la definición del diccionario plantea, se relaciona con lo que refiere el señor Manrique; también da cuenta de ese carácter múltiple, es decir de construcciones sobre la realidad de manera distinta, en donde no hay una verdad absoluta, sino diferentes maneras de verla, según el foco que se use, lo que se relaciona con lo que plantea Guber (2008).



Quisiera profundizar un poco en algunos de los relatos proporcionados por el señor Manrique. En primer lugar, *La Sombrerona en el Camarín del Carmén*, quien era una mujer que se aparecía en la época de la Colonia a los borrachitos, en la vieja Bogotá. Los hombres llegaban en su borrachera, aruñados y decían a su mujer que, la Sombrerona se les había aparecido y les "había dado una mano". Otro que me llamó la atención fue *El Espeluco de Las Aguas*, que se trataba de un niña muy bella de la

época colonia, la cual además de ser tan bella tenía un cabello envidiable. La muchacha recibía elogios constantemente y se convirtió intratable y vanidosa, además de embelesada ante el espejo que le proporcionaba las aguas del río, solía pasarse horas mirándose. Una vez de tanto mirarse se cayó en el agua y se ahogó, y desde ese momento se comenzó a aparecer una figura con cabellos en forma de serpientes que espantaba. Esta historia fue la que contó nuestro informante, sin embargo encontré en una página de internet la historia del espeluco de las aguas un poco diferente, dice que debido a la vanidad de la muchacha, Dios la castigo mandando del cielo un trueno que le quemó la cabellera y además llenó de serpientes su cabeza. Esta disonancia entre los relatos da cuenta de la transmisión de estos mitos a través del voz a voz, en donde cada persona le agrega o le quita cosas a los relatos, por lo que se consideran construcciones culturales.



También, la historia que refiere el señor Manrique, sobre el fantasma de una mujer que colgaba la ropa que se dejaba en remojo la noche anterior. Encontré en otras fuentes que la llaman *La Floja Filomena*, quien era una mujer que no ayudaba en la lavada de la ropa, el día de la lavada por arte de magia, amanecía enferma y de verdad amanecía hinchada y moreteada y no la dejaba la patrona ir a lavar. Luego de un tiempo de una extraña enfermedad no aclarada hasta nuestros días, murió siendo muy joven. En esa época no existían cementerios y los difuntos eran sepultados en las iglesias o en las paredes de

tapia pisada. Sus compañeras que iban a lavar vivas aún seguían haciendo su trabajo como lo hacían desde niñas, entonces dejaban la ropa en remojo con la pepa del jaboncillo y se iban a dormir. Al día siguiente se levantaban a acabar su oficio y, sorpresa, ya lo encontraban hecho. La primera vez no le dieron importancia, la segunda tampoco, pero desde la tercera en adelante, se preguntaron quién les estaba ayudando, una vez doña Ernestina la lavandera mayor se quedó haciendo guardia y vio al espíritu de Filomena. Con el paso del tiempo se deterioró naturalmente la tapia y se vino al piso en noviembre de 1875, y se encontró la calavera de una mujer joven y entre sus manos había un pedazo de jabón de la época. Después de ese acontecimiento ya no volvió a aparecer Filomena.

A partir de estas historias relatadas por nuestro informante, es posible ver como estos “fantasmas”, dan cuenta de la antropomorfización del mal que menciona Reguillo, (2006), en donde se le dota de un cuerpo y de una forma específica a aquello que es fuente de peligro, en este caso a ciertos personajes que además de generar miedo recrean la desobediencia, la vanidad excesiva, y la belleza. También se evidencia esos pasos de belleza a fealdad, sobre todo en el relato del espeluco de las aguas, de alguna manera evidenciando que trae ciertas consecuencias la vanidad. Así mismo, los relatos dan cuenta se ciertos momentos históricos de Colombia y específicamente de Bogotá, de costumbres y vivencias culturales de épocas diferentes. Se pueden considerar estos mitos y leyendas como un retrato de una sociedad y como una forma de mantener vivas situaciones relevantes en la historia de nuestra cultura que de otra manera caerían en el olvido fácilmente.

En cuanto a mi experiencia personal en este recorrido, puedo decir que en un principio sentí miedo al llegar al lugar de encuentro, porque llegué temprano y permanecí sola por media hora, La hora y la población que me rodeó hizo que me sintiera vulnerable, pero más que todo por miedo a ser robada, o atacada. Ya en el recorrido como tal, me sentí bastante tranquila, estaba acompañada, y además me causaba cierta diversión conocer cada una de las historias aunque en realidad no creí ninguna.

Por esta razón, no sentí miedo por los fantasmas ni durante ni después del recorrido. Más bien, mi miedo se asoció a la inseguridad que representa el centro de la ciudad. En cuanto a mis compañeros, noté que muchos de ellos, si no todos, compartió ese miedo a la inseguridad del centro, y algunos de ellos a los fantasmas, sin embargo, la mayoría tenía

una actitud crítica ante lo que manifestaba el informante. Considero además que la salida sirvió para interactuar mucho más con mis compañeros, para acercarnos unos a otros de una manera distinta.

En conclusión, es posible ver que la transmisión oral de mitos y leyendas, en donde se incluye fantasmas, es una forma de mantener una cultura y sus costumbres. También, la creencia en situaciones sobrenaturales, implica una construcción tanto propia, como una pertenencia a una comunidad que le da sentido y que lo sostiene. En este caso la religión.

Así mismo, se evidencia la importancia de conocer a fondo los informantes que dan cuenta de una cultura determinada, pues a través de ese análisis se puede observar cómo estos logran empoderarse de un conocimiento y una creencia, así como también los medios que usan para afirmarlo y poder sostenerlo. Por último, es importante resaltar que no hay una verdad única, y sobre todo en este tipo de asuntos que aunque no hay evidencias concretas a favor, sino solo relatos, tampoco es posible negarse la posibilidad de su existencia, por lo que queda esa incógnita y esa afirmación que muchos llevan consigo: “*Fantasmas, pues de que los hay los hay*”.

Referencias:

- Dawkins, R. (2006). *The root of all evil*. Inglaterra, UK. 160 min. Producido por Alan Clements, [Channel 4](#) de UK.
- Guber, Rosana. 2008. *El informante, sujeto de la investigación*. En, El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires, Editorial Paidós. Pp. 127-146.
- Reguillo, R. (2006). *Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos y sus conjuros*. En José Miguel Pereira y Mirla Villadiego (Ed). Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías. p.p. 25-54. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Salcedo, A. (1996). *La cultura del miedo: la violencia en la ciudad*. Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).
- Sanabria, F. (2007). *¿Creer o no creer? He ahí el dilema*. Diversidad Y Dinámicas Del Cristianismo En América Latina. Bogota: Unibiblos.
- Visita a la Candelaria, (2010). Dirigida por el señor Manrique. 21 de octubre.

